coger tres ó cuatro dichajos de la puerta de una taberna ó de un lupanar, creen haber hecho un cuadro palpitante de nuestra sociedad.—Vaya unos pintores!

-Oiga Vd., replicó el cosquilloso Cebadilla; con esos calendarieros de costumbres me sucede lo que con cierto amigo pintor......

-Va de cuento?.....

-No señor.....

-Vamos, diga Vd. su párrafo, replicó Alcaparra, con seis mil de á caballo.

Era un pintorcillo de brocha gorda que habiendo sabido el remedio del otro de marras para que le conocieran sus primeros remiendos, que consistia como sabemos en aclarar paradas con el nombre de la cosa pintada, se determinó á abrir su taller, pero fué el caso que tan zurda y diablinamente manejaba el pincel como la pluma; así es que pintó un bicho de cuatro patas, con un picorete en la frente, y le puso al calce, Ornicon...... Amigo—le decian—qué animal es ese? ¿Qué descubrimiento de historia natural nos anuncia Vd?

El se volvia á mí colérico y me decia: ¿Ve V. que país de salvajes?.....

-- ¡Como si no dijera clarito su nombre!

Sí, Ornicon. ¿Creerá Vd. que yo tampoco caigo en cuenta?

—Sí, hombre.—Ornicon, Ornicono, ó ese que tiene un cuerno en la frente......

de costituores de auero ol

-Unicornio.....

-Eso es.

-Me dará Vd. gente mas estúpida?

-Es cierto, conozco yo calendarieros que hacen ornicones á las mil maravillas.....

-Envidia, Sr. Fidel.-Envidia.....

LA CAÑADA.

Querétaro, como ya he indicado, es no solo un lugar privilegiado por su posicion geográfica, sino tambien por su nativa hermosura y fertilidad. Su clima, mas bien caliente que templado, protege y concurre al desarrollo de las mas variadas producciones, y en los mismos puntos en que la falta de aguas, de que en general se resiente la república, esteriliza el suelo, en esos puntos se palpa el esfuerzo de la naturaleza, y reverdece la mas ligera lluvia la loma ingrata, el pedregal estéril y las junturas de las rocas que parecen mas contrarias al nacimiento y desarrollo de la vegétacion.

Donde las aguas concurren, allí es exuberante la naturaleza, allí como que se apasiona la produccion, los árboles se extienden, la yerba se levanta erguida, y la vegetacion ostenta pródiga sus galas seductoras. Tal es la Cañada de Querétaro, cuyo cuadro ni arrebata con sus tendidos horizontes, ni sorprende con sus montañas gigantescas, ni sublima el alma con su mar inmenso; pero cuyo conjunto recrea y acaricia por decirlo así las miradas de un modo especial.

Forma la Cañada de Querétaro, el lecho de una barranca al pié de una cadena no interrumpida de elevadas montañas, cuyas rocas ennegrecidas ó cenicientas á veces, á veces rojas, le encierran en una pared continua que limita y presenta encallejonado y estrecho el cielo en un espacio de mas de una legua. Estas murallas con rocas que parecen saltarse amenazando al transeunte, con los surcos que han abierto los arroyos que bajan de la montaña, con los remolinos de piedras sin asiento, ofrecen en sus quiebras esa vegetacion dificil, huérfana, de descarnadas raices, y sin embargo pintoresca.

Nopales gigantescos, que extienden sus óvalos, y ya se levantan, ya se inclinan fuera del muro de rocas, realzando sus formas en los aires; palmeros erguidos, pero de esa palma ruin que presenta un plumero de púas en una asta negruzca y sin follaje; árboles de perú aprovechando el hueco de una peña como un pedestal para extenderse airosos, ó que parecen colgados de sus raices sobre el abismo; biznagas, cardos, vegetacion rígida, con espinas por hojas, frutos que parece que produce la piedra y la arena, y sin embargo de flores hermosísimas muchas de ellas; como la tierna súplica que sale de un corazon triste y sin arrimo; jarilla, matorrales, yerbas anónimas, ruines y rastreras que se escurren, que invaden las mas imperceptibles grietas de la roca, para vivir de un modo forzado y trabajoso. Trechos pelados de roca, algunos jacales esparcidos en las sinuosidades del monte con sus pequeños y pintorescos sembrados alrededor.

En el lecho de la barranca, ó mejor dicho, al pié de las montañas que en muchas partes aparecen tajadas

artificialmente, culebrea el camino como una faja roja, ora alzándose, ora deprimiéndose segun las exigencias de tan quebrado terreno. El camino carretero es amplio, cómodo y bien conservado en todas las estaciones.

Estas desigualdades del terreno, dan al rio que corre á la márgen del camino, rio hermoso, de cristalinas aguas y ancho cauce, posiciones distintas pero siempre bellas y pintorescas.

Unas veces como que se desprende de la orilla del camino, y casi á su nivel empuja con blandura su corriente hácia un apacible recodo; otras corre precipitado en una hondura á su pié, arrojándose contra rocas inmensas, otras entre el camino y el rio, deja un espacio de tierra que matizan con sus variadas tintas las fértiles sementeras, entre las cuales se alza y blanquea la arquería que va á la fábrica de hilados, y por entre cuyos ojos se ven con interrupciones á las mujeres que lavan ó á las que formando algazara se bañan en el rio á la sombra de un ahuehuete magnífico.

El terreno se levanta, y queda el camino como una cornisa saliente de la montaña, que lo limita y encajona: al concluir sus seis ú ocho varas de anchura, se deprime, como que se hunde la tierra en un bajío que cubre del todo las huertas mas sombrías, mas frescas, mas voluptuosas de que puede darse idea.

Esta parte del camino, en aquella hondonada se compone de una serie de bosquecillos de árboles frutales, entre los que abunda el manzano, con sus frutos de oro y escarlata, pero de un ramaje tan enlazado, tan oscuro, tan espeso, que no permite á la luz penetrar sino por intervalos caprichosos. Este horizonte de follaje que se ve desde cierta altura, presenta claros, matices y variaciones de luz admirables; son hojas verdes bañándose, trasparentando y presentando sus recortes al sol, que cae de lleno en algun punto, y forma ya un círculo de fuego entre los troncos y en medio de las sombras, ya como que se escurre la misma viva claridad, y oscurece ó ilumina un árbol á cada vaiven del viento, que deja infiltrar, esparce ó apaga los rayos de la luz.

Las azules campándulas del manto de la Vírgen, la encarnada yedra, y las otras mil flores de enredaderas caprichosísimas, cubren los troncos, unen como con una red las copas de los árboles, revisten los espinos, flotando sueltos como cortinajes que esmalta el sol en el interior de los bosquecillos, ó apoyándose en la jarilla y en la yerba de los lados de los caños de aguas purísimas, y hacen toldo, pabellon y cubierta á la corriente.

Estas aguas giran en todas direcciones, dando al paisaje singular animacion en sus regaderas, extendiéndose en charcos en que se retratan sombrías las copas de los árboles y el azul del cielo, en estanques dormidos bajo las hojas secas y las yerbas que al apartarse con el viento, ofrecen un cuadro á la claridad de las aguas y á los varios reflejos de la luz.

Por algunos intervalos de estas huertas se ve el horizonte; pero como el terreno se aplana mas y mas á su espalda, es un horizonte de nubes y de cielo que produce la mas nueva y agradable de las impresiones.

Los alegres gorriones, los zenzontles con razon llamados ruiseñores de nuestro continente, el jilguero de canto sentimental y delicioso, tienen en aquel lugar su mansion predilecta; así es que su conjunto embriaga el alma, de luz, de armonía, de perfume, de belleza indefinible.

En aquellas huertecillas, como aislándose y deseando concentrar los queretanos sus fuerzas para sentir con mas intensidad, es donde se verifican algunos almuerzos y dias de campo. ¡Artistas! ¡Poetas! ¿Por qué mendigais en extraños suelos la inspiracion? He ahí sus fuentes, sus fuentes vírgenes, sus fuentes deliciosas; no queremos sentir como Lamartine, ni como Byron, comparaciones que muchas veces nos pondrán en ridículo; el poeta americano debe caracterizar esta poesía, estas bellezas do primer órden, desdeñadas de puro creerse vulgares!

Figurad en medio de ese cuadro, á la sombra de esas magníficas bóvedas de verdura, en grupos, ya acercándose, ya esparciéndose entre las flores ó escondiéndose y reapareciendo entre los árboles, á la hermosura con todos sus hechizos, con todas sus gracias, bailando alegre á los compases de la música que suspiró Rossini, que idealizó Mozart!...... en medio de una naturaleza en donde todo parece sentir, convida á gozar..... yo he visto esas escenas, pero jay de mí! con el corazon desgarrado y al través de un velo de lágrimas.....

Termina este camino que tan torpemente he intentado bosquejar, con lo que se llama el pueblo de la Ca-

fiada, compuesto de unas cuantas casas formando calle, y una capilla en obra frente á la casita del Sr. Lic. D. Vidal Martinez que es de una construccion moderna, con sus ventanas de persianas verdes; tuerce el camino por una calle sombría de chirimoyos olorosos y frescos, y desemboca en una plazoleta en que se ve el curato; el tránsito vuelve á cerrarse entre las paredes de verdura de las huertas y bajo la sombra de los árboles, hasta la orilla del rio que se atraviesa por un incómodo puente formado de vigas. En aquel paraje se extiende el rio á la sombra y en las cercanías de ahuehuetes magníficos, príncipes de la vegetacion que no se pueden ver sin admirarse y casi sin reverenciar su hermosura majestuosa. Allí están los baños que se perciben á cierta altura en la falda de la fértil serranía, camino, por mi mal, de Cadereyta.

Los baños exteriormente no ofrecen nada particular; son un grupo de cuartos maltratados y de pobre apariencia. A su espalda y defendida en parte por sus paredes, hay una pequeña alberca que aprovecha la plebe, y que merece mucho mas la censura que la tan temida libertad de imprenta: en la alberca y sus orillas se representan escenas de lavanderas, de Adanes y de Evas, de que no quiero ocupar á mis lectores.

El interior de los baños es desmantelado, frio y de una apariencia desagradable. Constan de una pieza y el baño, la pieza enlosada, y por todo adorno una mesa sucia y mal parada. El cuadro de la segunda pieza lo ocupa el baño...... casi á la intemperie porque no se puede decir que tiene techo, puesto que las vigas que lo forman carecen de cubierta.

Las aguas termales del baño son dignas de su deliciosa nombradía, purísimas, tibias, sensuales, que refrescan y vivifican los cuerpos, que alegran y despejan los espíritus.

Los coches hacen alto generalmente en la placita del curato que ya he descrito; allí se apean las familias y se dirigen á pié al baño; descienden las muchachas en deshabillé y expeditas con los cabellos destrenzados: detras las siguen las matronas acompañadas de los señores formales y de los criados que llevan la ropa para abrigar á las que se bañan; cierran la comitiva los ganapanes conductores de las provisiones de boca, con cestos enormes á cuyo borde sacan su cuello plateado las botellas del champagne. Dispérsase la comitiva: una seccion asea el baño, dispone el local y aleja á los curiosos: otra se instala bajo un árbol donde se enciende lumbre y se establece la cocina: las señoras formales clasifican la concurrencia y alejan á los garzones: las jóvenes en esa gárrula turba que forman siempre las mujeres en diversion, se preparan al baño; elige el sexo bronco otro asilo ó se baña en el rio.

¿Cómo describir ahora los gritos, los juegos, las risas de las bañadoras? ¿Sus aspavientos, sus sustos por el contacto de los animalejos acuáticos, las amenazas de espionaje y sorpresa?

¿Cómo emplearme en describir las escenas masculi-